

porque en veinticuatro horas que duró la furia, no se veía cosa del volcan sino rios de fuego y peñas grandísimas hechas brasa, que salían de la boca del volcan y bajaban con grandísima furia é ímpetu. Los truenos que en las entrañas del volcan se oían eran tantos y tan temerosos que andaba la gente tan atemorizada como cuando echó la ceniza sobre la cibdad. Hizo aquel fuego mucho daño en la costa á la banda del Sueste, donde arruinó un pueblo de indios llamado San Pedro, dos leguas de Guatemala, aunque no pereció gente ninguna, porque sucedió de dia, y prevenidos de espanto y miedo se huyeron todos los indios con tiempo, desamparando las casas. Los raudales del fuego, que descendían del volcan, hicieron grandísimas barrancas en el camino de la costa, llevando tras sí piedras de estraña grandeza. Los rios que salen de la halda de aquel volcan y van á dar al mar del Sur, que son cuatro ó cinco, llevaron aquellos dias tanta agua y corriente que no fué posible pasarlos ni á pié ni á caballo, y pasada aquella furia, cuando se vadeaban, no osaron los indios en muchos dias pasarlos á pié, porque iba el agua tan caliente que si algun caballo pasaba se le pelaban los piés. Finalmente cesó aquella tempestad de fuego, y quedaron los de Guatemala libres de aquel peligro, aunque siempre con recelo de tan mal vecino y padrastro. Todas estas cosas y otras muchas contaron al padre Comisario general muchos religiosos fidedignos que se hallaron en Guatemala cuando sucedieron, y por muy ciertas y verdaderas se trataban en tre todos, y por lo que el mesmo padre Comisario general vió, cuando estuvo en aquella tierra, se puede creer todo lo arriba referido, y mucho más, que cierto es raro lo que en aquel volcan pasa.

Cuando el padre Comisario llegó de México á aquella cibdad de Guatemala, estaba aquel volcan muy quieto, y no echaba fuego ni humo, ni le echó mientras allí estuvo, que fué desde diez y nueve de Abril hasta cinco de Mayo, como queda dicho, pero cuando volvió de Nicaragua era cosa de admiracion y espanto verle; más de veinte leguas ántes de llegar á Guatemala, bajando el puerto de Zonzonate, vió con sus compañeros el fuego grande que despedía de noche y de dia sin cesar. Parecía de dia humo muy espeso que llegaba á las nubes, y de noche fuego muy vivo y encendido. Dijéronle cuando llegó á Guatemala, que habia treinta y cinco dias que no cesaba de salir así aquel fuego, ni cesó mientras él allí estuvo, que fueron otros cincuenta, y así le dejó cuando se partió para México, con lo cual no dejan de estar medrosos los vecinos de aquella cibdad; lo que parece asegurarlos algun tanto, es que la boca, por donde sale aquel fuego y humo, está á la banda del Poniente, hácia la costa del mar del Sur, aunque tambien á la de Oriente, que es la de la cibdad, se derrumban piedras que allí se queman y mucha ceniza, pero no tanto como por la otra banda. Puédese decir, y aun creer, que quiere Dios tener allí levantado aquel azote tan recio y pesado, para que temiéndole los de aquella tierra vivan como deben, y hagan lo que son obligados, y que de cuando en cuando le menea y amenaza con las tempestades referidas, para prevenirlos y despertarlos del sueño de sus descuidos, y aun se puede temer que pasando estos muy adelante, y llegando los pecados y vicios á perscribir y ser canonizados por virtudes, descargará Dios de golpe aquel azote y lo asolará todo.

*De como aportaron algunos frailes de la provincia del Santo Evangelio á la de Guatemala y porqué, y de una comision que le vino de España al padre Comisario.*

Cuando el padre Comisario general fray Alonso Ponce volvió de Nicaragua á Guatemala (como queda dicho), halló en aquella provincia catorce frailes de los del Santo Evangelio, que habian ido en su seguimiento no pudiendo sufrir que fray Pedro de San Sebastian rigiese y gobernase aquella provincia, con sola la provision y autoridad de la Audiencia, y no teniendo por cosa segura obedecer al que quedaba suspenso de su oficio y descomulgado por su prelado; llegaron todos muy mal parados de tan largo viage y tan trabajosos caminos, y habia entre ellos cuatro de los que en lo de México habian tomado el hábito, que llaman hijos de provincia, acomodólos á todos el padre Comisario lo mejor que pudo. Tambien halló allí algunas cartas de España, y con ellas una comision del padre fray Hierónimo de Guzman, Comisario general de todas las Indias, en la cual le encargaba la custodia de la Florida, haciéndola sujeta á su jurisdiccion y á la de la provincia del Santo Evangelio, como lo son las custodias de Zacatecas y Tampico. Y aunque se detuvo allí en el convento de Guatemala tres dias (como dicho es), y aun cuatro, no le visitó entónces, dejando su visita para la postre, cuando hubiese visitado los demás, los cuales visitó como presto se verá. Pero antes de salir desta cibdad y convento, será bien en este lugar re-

ferir una vision de un fraile santo, que está enterrado en aquella casa, por ser rara y muy particular, y que dará contento muy grande á los aficionados y devotos del Emperador Carlos V. de gloriosa memoria.

*De una vision maravillosa, que vió un fraile de la provincia de Guatemala, del Emperador Carlos V.*

Entre otros religiosos que están enterrados en el convento de San Francisco de la cibdad de Guatemala, hay uno llamado fray Gonzalo Mendez, de la provincia de Santiago, el cual vivió y murió con nombre de gran siervo de Dios; pasó á aquella provincia de Guatemala el año de treinta y nueve, y vivió en ella hasta el de ochenta y dos santa y ejemplarmente, con grandísimo celo de la conversion de los naturales, fué su vida tan inculpable en la virtud de la castidad, que fué extremo el suyo en huir la conversacion de las mugeres de cualquier suerte que fuesen, su pobreza tan estrecha que jamás tuvo mas que un hábito de grosero sayal y un breviario; andaba á pié y descalzo, sin que jamás quebrantara este precepto, su cama fué siempre una tabla en el suelo y un madero por cabecera, y en la enfermedad de que murió jamás consintió otro regalo, y siendo la enfermedad muy penosa, hasta un dia antes que muriese se hacía llevar por dos compañeros al coro á mañines y á las demás horas, y á decir misa, diciendo que en la tierra no habia otro cielo sino coro y altar, que no le privasen dél en tanto que viviese; el dia antes que muriese le quisie-

ron poner unos paños menores limpios, y dijo que no se los habian de poner entónces, que los guardasen para que luego el dia siguiente le enterrasen con ellos, y asi fué que al dia siguiente murió, de suerte que supo el dia de su muerte. Murió de edad de setenta y siete años, siendo provincial de aquella provincia, á cuya muerte acudió gran multitud de indios, como á padre que tiernamente amaban; vino toda la cibdad, Audiencia, religiosos y dos Obispos, el de Guatemala y el de la Vera Paz, y todos se hallaron á sus exequias, y tomaban con mucha devocion de las rosas con que iba adornado su cuerpo como reliquias, y en presencia de todos llegaban muchas matronas honradas, cuando le querian enterrar, y con muchas lágrimas le besaban las manos.

Este bendito padre, un dia antes de su muerte, que fué viernes cuatro dias del mes de Mayo del año de mil quinientos ochenta y dos, estando ya en lo último llamó á fray Juan Casero, predicador en aquel convento, que despues fué provincial, como queda dicho, y le mandó que se confesase y dijese misa, y habiéndolo hecho y vuelto á su presencia, le mandó por santa obediencia que á nadie en su vida dijese lo que le queria decir, y que habia enviado á llamar al Obispo y al presidente para decirles este caso, y no habian venido, y que á él se le acababa la vida, y despues de haber dado muchos sollozos y suspiros, y derramado muchas lágrimas dijo al dicho fray Juan Casero lo siguiente: Tan viva tengo la representacion de lo que os quiero decir y descubrir, que jamás á hombre ni aun en confesion lo dije, ni puedo abstenerme ni dejar de causarme grande alteracion en el alma de contento, mezclado con una tristeza, si acaso será conmigo tan justo Dios, como he sido ma-

yor pecador, que sean más los años de mis penas, y aun esto seria consuelo, no temo muerte ni pena como yo no pierda á Dios. Consolóle entónces al buen viejo el fray Juan Casero, entendiendo que era cosa triste, y á esto el fray Gonzalo, tomándole las manos, le mandó otra vez lo que por obediencia le tenia mandado, y luego dijo lo que se sigue: Desde que yo tuve uso de razon, tuve tan particular amor al Emperador Carlos V, que todos los dias de mi vida hasta cuatro años despues de su muerte hice particular oracion por él, y con más ahinco que por ninguna otra cosa, y pasados estos cuatro años y acabando yo de decir misa, en la cual le encomendé á Dios, y yéndome al coro y estando en la acostumbrada oracion por él, ví una vision, ni sé si en cuerpo, si fuera del cuerpo, sé que fué en breve tiempo, y que fué estando yo despierto y libre, que ni era hora de sueño, ni yo estaba en disposicion dello, pues me hallé, acabado el caso, de rodillas como antes estaba. Ví un Juicio de Dios formado y sola una silla de magestad, en la cual Nuestro Señor estaba sentado cercado de todos los santos y ángeles, y ví entrar en el juicio un hombre affigido, y como que salia de una larga prision, aherrojado y cansado, al cual acusaron los demonios de gravísimos pecados que habia cometido, de que jamás habia hecho penitencia, y atestiguaban con los ángeles y santos, los cuales todos confirmaron ser así, que habia hecho cosas enormes en que no le habian visto penitente, y el emperador Carlos V (que yo le conocí en el aspecto), aunque todos le acusaban, no parecia temer nada, ni habló en su disculpa, solo levantó con grande acatamiento los ojos, y los puso con mucha confianza en Dios, como que le pedia declaracion de la verdad; y sin hablar, Dios les mos-

tró en sí mismo á todos los santos y ángeles, que aquellas cosas, de que el emperador habia sido acusado, no habian sido en él culpas, porque las habia hecho por particular revelacion suya, y que en ellas no habia sido sino ministro de la justicia divina por particular orden de Dios, y que antes habia merecido en ello, y con esto se le llenó el rostro de alegría al Emperador, y todos los santos y ángeles adoraron á Dios en aquel secreto, y muy contentos y alegres aventaron á los demonios, y tomando Dios por la mano al Emperador, lo llevó consigo á su gloria. Esto dijo el bendito viejo á fray Juan Casero, y añadió diciendo que quisiera él decir aquello á nuestro rey, hijo del mismo emperador, y, pues no podia, á lo menos á su presidente para que se lo escribiera, y últimamente mandó al dicho fray Juan Casero que si él se muriese lo consultase, y que si para gloria y honra de Dios conviniese dar aviso lo diese. Esta fué la vision rara por cierto y muy de ponderarse; pónese aquí para gloria de Dios, y para que se vea su justicia, y cuan acompañada anda siempre de la misericordia, y para que todos entiendan cuan ratero es el entendimiento y saber humano, y cuan poco vale y puede para entender y comprender los secretos y misterios divinos, si el mismo Señor no se los revela. Escribiólo todo luego fray Juan Casero, y siendo despues provincial lo envió al padre Comisario general, afirmando haber pasado así como queda referido.

*De como el padre Comisario general salió de Guatemala en prosecucion de la visita de aquella provincia.*

Despachada ya por la provincia la patente de la visita, como está dicho, salió el padre Comisario del convento de Guatemala, á visitar los que quedaban, sábado doce de Julio ya salido el sol; y pasado un arroyo por una puente de piedra, y andada una legua de camino bueno, llegó al pueblo y convento de Almolonga, que tambien se llama la Cibdad Vieja, por haber estado allí antiguamente fundada la cibdad de Guatemala, como atrás se dijo; hizosele allí muy solemne recebimiento, así por parte de los indios como de los frailes. El pueblo es bonito y de mucha recreacion, está situado en la halda del volcan de agua que reventó el año de cuarenta y dos; dánse en él muchos y muy buenos duraznos, manzanas y tunas, y peras maravillosas; en unos lugares de aquella guardianía dánse muy buenos cardos y todo género de hortaliza, y dánse algunos magueys de los de México, que han plantado los mexicanos que fueron con los españoles cuando la conquista, los cuales unos son de Tlatilulco, otros de Xuchimilco, otros de Tepeaca y otros del mismo México, y otros hay tambien tlaxcaltecas, pero á todos los llaman por allá mexicanos, sin estos hay en aquella guardianía otros muchos indios guatemaltecas ó achies; todos hicieron al padre Comisario mucha caridad y gran fiesta. Pusieron en el patio de la iglesia un volador, que es un palo muy alto, hincado en

el suelo muy fijo y fuerte, en la punta de este palo, allá en lo alto, tenían hecha una rueda á manera de devanadera, y en ella cogidos cuatro cordeles gruesos, á los cuales se ataron cuatro indios, á cada cordel el suyo, vestidos todos de color, con unas alas muy grandes y sendas sonajas en las manos, y dejándose caer todos cuatro á un punto atados por medio del cuerpo, bajaron poco á poco como volando, tañendo sus sonajas hasta que cayeron al suelo, que cierto era muy de ver, luego subian otros y luego otros y otros, y así regocijaron la fiesta. Dentro de aquel pueblo nasce un buen arroyo que corre por medio de las casas, con que riegan los indios sus milpas y huertas; ménos de una legua de allí, á la halda del volcan de fuego, en una visita de aquel convento, llamada San Antonio, hay una fuente de agua caliente, en la cual se bañan españoles é indios, y hallan provecho para muchas enfermedades, de allí la llevaron al convento para que la viese el padre Comisario, y aun estaba tibia. El convento está acabado con su claustro alto y bajo, dormitorios, celdas é iglesia y huerta, es todo de tapiería de rafas de piedra, cal y ladrillo, hizole el rey, y es el mejor que entónces habia en la provincia; moraban en él cuatro religiosos, visitólos el padre Comisario, y detúvose con ellos dos dias en que llovió muy bien. En la pared de la iglesia de aquel convento, dentro de la capilla mayor, están los huesos de la muger del adelantado Alvarado, y de las demás mugeres que mató el volcan cuando reventó el año de cuarenta y dos. Pasáronlos allí el de ochenta desde el convento viejo que estaba un poco más abajo, el cual se desamparó por estar fundado en lugar muy húmedo y mal sano; desde aquel convento llevó el padre Comisario por intérprete, para todos los demás de la pro-

vincia, á fray Juan Martínez, maravilloso lengua achi, (que es el que dejó por Comisario de la provincia cuando fué á Nicaragua) porque en todos hablan los indios aquella lengua; iba tambien en su compañía su secretario y fray Lorenzo Cañizares, que ya estaba sano de su enfermedad, y fray Cristóbal López, un lego que habia ido de México.

Lunes catorce de Julio salió el padre Comisario muy de madrugada de Almolonga, y andada una legua de camino llano á la banda del Sur, llegó á un pueblo de indios achies llamado Alotenango, visita de Almolonga, y aunque era muy de noche estaban todos á aquella hora aguardándole con muchos arcos y ramadas, con música de flautas y trompetas; agradecióselo y pasó adelante. Diéronle indios que le alumbraron con hachas de ocote, que es tea de pinos, y al salir del pueblo llegó á un rio que se hace del arroyo que nace de Almalonga, y otro que pasa por entre Almolonga y Guatemala, y de otro que corre por junto á Guatemala, á la banda del Poniente, porque todos tres se juntan cerca de Almolonga, y como aquellos dias habia llovido mucho traia mucha agua é iba muy furioso; guiaba un fraile de Almolonga, y echó por el vado, siguiéndole el padre Comisario, pero por ir hondo y tener muchas y muy grandes piedras, se vieron en grandísimo peligro, pero al fin salieron, algo mojadas las piernas. A este rio vino á dar el agua de la laguna del volcan que reventó (como dicho es), y por allí fué á parar al mar del Sur, parécese el dia de hoy la quebrada que dejó hecha, desde lo alto del volcan hasta lo llano. Pasado aquel rio prosiguió el padre Comisario su viage por la halda del volcan de fuego, y yéndole bajando vió muchas cañadas que descenden de lo alto peladas sin yerba ni árboles, y muchas

quebradas ó ramblas de la misma manera, que dicen se hicieron cuando (como queda dicho), reventó el volcan y echó de sí fuego el año de ochenta y dos por el mes de Enero, y que descendió por allí tanta abundancia que lo dejó raso y pelado, y aun dicen que era un licor ardiendo y hecho fuego, que no se pudo saber si era metal ó que cosa fuese, más de que fué á parar al mar del Sur, y que de camino destruyó el pueblo que queda dicho.

Pasada despues una gran barranca llegó el padre Comisario, antes que amaneciese, á otro pueblo llamado San Pedro, de los mesmos indios achies, visita de Almolonga, una legua de Alotenango, donde toda la gente estaba junta, indios é indias, y le recibieron con mucho contento y devocion; agradecióselo, y yendo por el pueblo prosiguiendo su viage, oyó voces de hombre affligido que llamaba, en lengua castellana, como pidiendo favor. Envió allá el padre Comisario un fraile á ver lo que era, el cual halló que era un mestizo, que es hijo de español é india, que tenian los indios preso en el cepo porque les habia hurtado unos caballos, y él queria que lo soltasen, diciendo que iria por ellos y se los traería, pero los indios no querian darle libertad hasta tener en su poder sus caballos. Pasado aquel pueblo, y andada otra legua, en que habia unas malas barrancas con tan malos pasos que tuvo necesidad de apearse, llegó el padre Comisario al salir del sol á otro pueblo llamado Malacatepec, visita del convento de Ciquinala. Antes de llegar á aquel pueblo se pasan en aquella legua tres riachuelos, el primero era de agua turbia y de mal color, el cual nace del volcan de fuego, y aunque en su nacimiento (segun dicen) es caliente, cuando llega allí va ya

fria, y aun dicen que cuando reventó aquel volcan de fuego y echó por arriba los rios de fuego que quedan referidos, echó asimesmo por abajo muchas corrientes de agua caliente, la cual mató toda la pesca que halló en los rios y arroyos donde entró, sin que quedase ninguna, y que nunca despues ha habido ningun pescado en ellos; el otro riachuelo venia turbio de la mucha agua que habia llovido, pero el tercero, con estar muy cerca de este segundo, traia el agua muy clara y muy linda. Allí en Malacatepec descansó como media hora el padre Comisario, y luego volvió á su camino, y andada otra legua, y pasados en ella tres rios y seis arroyos, llegó á otro pueblo de la misma guardianía de Ciquinala, llamado San Andrés, donde estaba el guardian y otro religioso, los cuales con los indios le hicieron muy solemne recibimiento. Dijo luego misa el padre Comisario, oyéronla los frailes y toda la gente, y despues de haber comido y descansado un rato partió de aquel pueblo como á mediodia, y andada media legua, en que se pasa un rio y dos arroyos, llegó á otro pueblo pequeño de la mesma guardianía, llamado la Asumpcion; saliéronle á recibir los vecinos puestos en procesion, con su cruz.

Pasó adelante, y andada legua y media, en que se pasan veinticuatro arroyos y cuatro rios, los dos de estos de muy mal vado, por las muchas piedras, llegó á otro buen pueblo de la mesma guardianía, llamado San Francisco, donde asimesmo estaban los indios aguardándole puestos en procesion, con música de flautas y trompetas. Dióles las gracias y pasó adelante, por poder hacer la jornada de aquel dia antes que lloviese, y pasado allí junto al pueblo otro buen rio que llaman de San Francisco, y andada media legua, llegó á otro bonito pueblo

de la misma guardianía llamado Santiago, donde asimismo se le hizo muy buen recibimiento, y apenas hubo llegado cuando comenzó á llover y no cesó el agua en toda aquella tarde y parte de la noche. Llegó el padre Comisario muy cansado y quebrantado de la madrugada tan grande y del excesivo calor que hizo aquella siesta y tarde, y del camino pestilencial que había traído, porque casi todo él (excepto la legua que hay de Almolonga á Alotenango) es pestífero, lleno de barrancas, cuevas y piedras, con muy malos pasos, cabado en la tierra y piedra, tan angosto y estrecho que apenas puede caber por él una cabalgadura: es toda aquella tierra de cacauatales, y mucho más de moxquitos que los defienden. Riéganse aquellas huertas con los arroyos y rios referidos, los cuales todos (excepto el que corre por junto á Alotenango) salen del volcan de fuego; hace por allí mucho calor, y dánse niguas como en Guatemala.

En aquella guardianía de Ciquinala, que tambien se dice de la Costilla, no hay convento hecho, y así los frailes, que de ordinario son cuatro, andan por los pueblos administrando los Santos Sacramentos y predicando á los naturales, pero donde están más de asiento es en Ciquinala y en Santiago, donde (como dicho es) llegó el padre Comisario y estuvo aquel dia y el siguiente. Visitó los frailes, los cuales con los indios quedaron muy consolados; hablan los de aquella guardianía la lengua guatemalteca ó achí, que por vocablo más particular se llama cakchekel, y todos caen en el Obispado de Guatemala.

Aquellos indios achies son de mucho brio y muy devotos de nuestro estado, andan los varones vestidos como los de México, pero traen el cabello largo y afei-

tado, las mugeres asimesmo visten como las mexicanas, excepto que usan rodetes en las cabezas, hechos de los mismos cabellos entranzados, mayores que los de las españolas, y andan tocadas como beatas ó como viudas castellanas, cosida la toca desde debajo de la barba hasta el cabo. Usan los indios en toda aquella tierra caliente unas como capas ó mucetas, hechas de hojas de ciertas palmas, con que se cubren cuando en los caminos les llueve, y cubren asimesmo las cargas que llevan á cuevas, y así no se mojan; tráenlas consigo, cuando caminan, cogidas y atadas, que pesan poco y hacen poco estorbo y mucho provecho, llámanse en aquella lengua tut, y en la mexicana zoyocal.

*De algunas cosas que pasaron en este tiempo en la provincia del Santo Evangelio de México.*

Aquel mesmo dia que el padre Comisario general llegó á la provincia y guardianía de Ciquinala, ó un dia antes, que fué á trece ó á catorce de Julio, andando el provincial de México ejercitando su oficio, con la autoridad de la Audiencia y favor del Virey, llegó al valle de Toluca con tres ó cuatro frailes, á una visita del convento de Calimaya, y porque comenzó á llover, tronar y relampaguear, lleno de miedo y temor, se recogió con los dichos frailes á una ermita, por librarse del agua, y estando allí todos juntos, al rededor del provincial que estaba sentado en una silla, cayó un rayo y dió en la pared de la ermita, con que todos cayeron en tierra sin